

VALOR DE TRES INSIGNIFICANCIAS.

Una libra de hierro apenas vale un real; con él se fabrica acero, y con este acero el muelle que mueve el balancin de un reloj. Cada uno de estos muelles pesa un décimo de gramo, y puede venderse á 70 reales; luego como por una libra de hierro se fabrican 80.000 muelles, resulta que por medio del trabajo el valor de una materia que cuesta un real puede elevarse á la suma de más de cuatro millones de reales.

.

Para comprender lo que vale la madera, basta fijarse en el hecho siguiente. En la Siberia oriental, la madera arrojada á las costas por las olas es considerada de tal precio, que el indigena la guarda mucho tiempo ántes de decidirse sobre el uso á que va á destinarla; cuan-

do ha determinado hacer de ella un baston, un mango de látigo ú otro utensilio, se guarda bien de cortarla, como haríamos nosotros, sino que se contenta con rasparla despacito con su cuchillo, hasta darle la forma deseada, y guarda preciosamente el polvillo para mezclarlo con su tabaco.

.

Un grano de trigo parece tan poca cosa, que se abandona á las gallinas entre la paja. Pues bien: este grano, sembrado, puede dar cuando ménos ciento por uno, y si no se malogra, calculando por años las cosechas, al cabo de un siglo puede alimentar á tantos millones de hombres que es imposible imaginar.

J. B.

LA CARIDAD.

Allá en el fondo sombrío
De una boardilla, tormento
De los rigores de estío,
De las ventiscas del frío
Y de la furia del viento;

Apurando la invernada
De una noche sin fortuna,
Se ven en triste velada,
Una madre arrodillada
Y un pobre niño en su cuna.

Sobre la cuna, amorosa
La madre con tierno arrullo,
Inclina la frente ansiosa,
Como se inclina una rosa
Para besar su capullo.

Contempla muda y sublime
La prenda de su cariño:
¡El niño despierta y gimel!
El corazón se le oprime...
¡Está tan débil el niño!

—¡Ven!—exclama, y como loca
Lo suspende en un abrazo,
Y lo besa y lo coloca
En el maternal regazo,
Y así prosigue su boca:

—«¡Oh! ¡tesoro de mi anhelo,
»Vida de mi corazón!...

»¿Por qué bajaste del cielo
»Para encontrar en el suelo
»Pesadumbre y aflicción?

»«¿Acaso Dios no tendría
»De tu existencia piedad?
»Dispuso la suerte impía
»Que amaneciese tu día
»En deshecha tempestad?

»¡Sér de mí sér desprendido,
»Dulce retoño de amor,
»Apénas eres venido,
»Y ya te sientes prendido
»En las redes del dolor!

»Si en tu desdicha fatal
»Buscas un padre... ¡tu padre
»Se encuentra en el hospital!
»¡Y sólo gana tu madre
»Un miserable jornal!

»«No habrá una mano clemente
»Que me alivie de esta cruz?»
Sonó un *sz*. Volvió la frente,

Y encendida de repente,
Vió la estancia en viva luz.

Un ángel, con la hermosura
De la celestial altura
Y blancas como el armiño
Las alas, se acerca al niño
Y lo mira con ternura.

«¿Quién eres, luz misteriosa,
»Astro de mi soledad?...»
Pregunta la madre ansiosa,
Y aquella vision hermosa
Responde: ¡*La Caridad!*

»Desde su mansion serena,
»Que te socorra me ordena
»Dios, y hácia tí me dirijo:
»Soy el calmante á tu pena
»Y la salvacion de tu hijo.

»Manantial de amor fecundo,
»Vengo á reemplazarte yo,
»Si es reemplazable en el mundo
»Ese cariño profundo
»Del ser que nos engendró.

»Puro bálsamo destilo,
»Sobre tu pecho intranquilo,
»Sobre tu vida sin calma,
»Vengo á brindarle un asilo
»A ese pedazo de tu alma.

»Enfermo y triste se va,
»No temas, y en mí te fia,
»Más hermoso volverá,
»Y entónces se inundará
»Tu corazón de alegría,»

Dijo, y al niño tomó
Del regazo diligente.
¡La madre se despidió
Con un suspiro doliente!...
Y el ángel desapareció.

Y á poco, la flor herida,
Pimpollo que en su rosal
Hábil jardinero cuida,
Exuberante de vida
Volvió al seno maternal.

¡Bendiga Dios en el cielo
A la virtud de más prez,
A la que sirve en el suelo
De refugio y de consuelo
Y de amparo á la *niñez!*

¡Honre la tierra al cristiano

Generoso corazón,
Que no retira la mano
Cuando agoniza un hermano
En el mar de la aflicción!
¡Pues creo que Dios hundiera

El mundo en la eternidad
Y desquiciara la esfera
El día en que no luciera
El sol de LA CARIDAD.
MÁRCOS ZAPATA.

CUENTOS INFANTILES.

I.

—Te daré un cuarto, chiquito,
Si sabes dónde está Dios.
—Diga usted dónde no está,
Y me ofrezco á darle dos.

II.

—¿Qué letra es esta?... ¿No es A?
Dice á un niño el preceptor.
(Y el chico á más y mejor
Llorando sin tino está.)
Compasivo, —Ven acá,—
Dice un tercero. —¿Por qué
No contestas?
—No ve usted,—

Dice el niño con fatiga,—
Que al momento que la A diga
Querrá que diga la B?

III.

—Vamos á ver, Juan Anton,
Dí, y no seas aturdido;
¿Te acuerdas de cuándo ha sido
El día de la Ascension?
Y Juan Anton, que es un bobo,
Contestó en un dos por tres:
—Pues... el día en que el francés
Subió á los aires en globo.
MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

LA NOCHE DE ANIMAS.

El día ha sido triste. Densos nubarrones ocultan los rayos del sol, que si alguna vez aparece, ostenta un color amarillento. Los ruidos se escuchan por doquier, y los recuerdos de los seres queridos, que há un año escuchaban á nuestro lado el fúnebre tañir de las campanas, inundan nuestra alma de profundísima pena.

Algunos de mis pequeños lectores notarán quizá este año la falta de un hermanito, y cuando las sombras de la noche de ánimas empiecen á poblar de fantasmas los contornos, se acordarán del miedo que ántes repartían con su hermano, cuando con las cabecitas ocultas entre las sábanas oían ru-

gir al viento como una fiera enjaulada, y cuando la lamparilla—que en esa noche arde en todas las casas—oscilaba en su vaso, ahogada por el aceite, pintando sombras en las paredes.

¡Qué noche tan triste! La ciudad, con sus eternos ruidos, con los teatros abiertos; el cementerio solo, frío y tenebroso. Aún arden en él las últimas luces encendidas al declinar la tarde, y agita el aire las cintas negras de las fúnebres coronas. Allí duermen nuestros mayores; allí están gentes abandonadas de todos, mientras la lluvia y el aquilon azotan sin piedad las lápidas de su vivienda.

Rezad por ellos en esta noche.

Pensad que la muerte implacable llevó allí á los padres de nuestros padres, y que hoy desde el cielo, agradecen nuestro recuerdo quizá más que en otro cualquier día.

En la aldea es imponente la noche de ánimas. La superstición cier-

ra todas las puertas al oscurecer; muere el sol en el ocaso, bañando con sus últimos rayos el humilde campo-santo, y los habitantes piensan sólo en una cosa: en los aparecidos.

Quando el cielo se pone negro, y suena el toque de la oracion, y á



lo léjos refléjanse en el horizonte, á semejanza de fuegos fatuos, las lamparillas que medio ocultas entre la hierba alumbran aún las fosas del cementerio, reúnese la familia al abrigo del hogar, y se reza el rosario por las ánimas benditas.

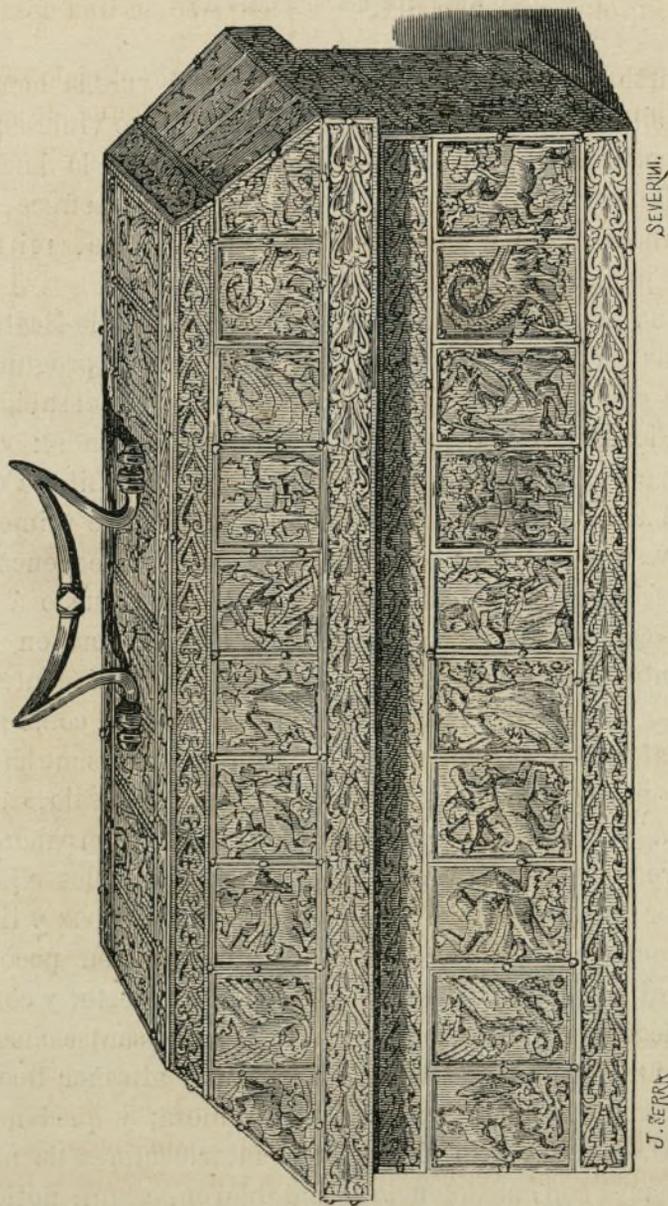
¡Noche de ánimas! ¡Noche de luto y de tristeza! ¡Nada turba desde las

doce su sepulcral silencio! ¡En el patio de mi casa oí yo cantar! ¡Cantar en noche semejante! La copla, sin embargo, es melancólica y trascendental:

«Nada en este mundo dura;
Se acaban bienes y males;
Que una triste sepultura
A todos nos hace iguales.»

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

JOYERO DEL SIGLO XIII.



La obra de arte cuya reproducción damos en este número pertenece al Sr. D. Javier de Fuentes y Ponte, y ocupó distinguido lugar en la Exposición Universal de París de 1867 y en la de Artes suntuarias verificada en Murcia en 1868. La sencillez de sus líneas y sus ricos y caprichosos detalles la hacen en extremo recomendable.



LA LOCURA CONTAGIOSA.

(Anécdota del siglo XVII.)

A un cuarto principal de una casa nueva, sita frente al Rastro de Valladolid, corte á la sazón de Felipe III, subian una tarde de otoño de 1603, mano á mano y en conversacion al parecer de grave importancia, una mujer y dos hombres, personas los tres de razonable edad: el uno con sotana y manteo de raja de Florencia; el otro con capa larga y gorra, baston, guantes y grande anillo, y ella con tocacas blancas y saya de jerga: es decir, un Eclesiástico, un Médico y una Beata. «Quien nos haya visto venir acá juntos desde la iglesia de San Ildefonso (dijo sonriéndose el Eclesiástico al poner el pié en el primer escalon), se habrá figurado que vamos á visitar á un enfermo de peligro.—¿Párecete á vuesa merced, señor Cura (replicó la Beata), que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro?—Aun (replicó el Médico) no nos ha dado cuenta vuesa merced sino de algun que otro síntoma, que no me parece decisivo.—Ahora (prosiguió el Cura) nos informará con más detencion y descanso la hermana Magdalena; porque, hasta aquí, más nos ha aturrido con exclamaciones que ha instruido con noticias.—Por

eso rogué á vuestas mercedes (dijo Magdalena) que viniesen á casa, y aprovechásemos la buena coyuntura que se nos ofrece, por haber salido mi cuñada, mi hermana y sobrinas.»

Llamó en esto la Beata á la puerta, y habiendo preguntado desde adentro una voz el sabido *quién es?* Magdalena respondió: «Abre, María.» Abrió al punto la criada, y la Beata, haciéndole primero una seña, como de quien encarga sigilo, preguntó muy quedo á la moza si seguía aún el amo en su cuarto. «Todavía está allí (contestó María), y tan enfrascado como siempre» — «Vuestas mercedes me hagan la honra de pasar á la sala,» dijo la Beata á sus dos acompañantes entonces; y dirigiéndolos ella, entraron en una pieza capaz y limpia, bien que alhajada con pocos y pobres muebles. Con esto, y con mandar á la criada que sacase chocolate al señor Cura y al señor Doctor, se retiró la moza; y quedando solos los tres interlocutores de al principio, entablaron, segun noticias, la siguiente conversacion:

EL CURA. (*Bajito.*)

Con que díganos vuesa merced:

¿qué más motivos tiene para creer que el señor hermano se halla tan mal de cabeza?

MAGDALENA.

Donde reclinar la mia me falte, señor Cura, si no es cierto lo que imagino. Pues, señores... (*Suena en el aposento inmediato una ruidosa carcajada.*) ¿Oyen vuestas mercedes? Esas risas son las que me hacen llorar; desde que vino mi cuñado de Sevilla, donde estuvo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto, y de soltar de cuando en cuando unas risotadas que me estremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraído, y de ordinario contesta fuera de propósito: á mi entender, el sentimiento de haberse visto en una cárcel y acusado injustamente de defraudador de la Real Hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prision dejaba á su familia, que somos cinco mujeres, sin contar con la moza, á quienes hasta ahora ha mantenido honradamente con su trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo ancha mella, y han debido trastornarle un poco el cerebro.

EL MÉDICO.

Imposible no es: un hombre pun-donoroso, y que pasa ya de cincuenta...

MAGDALENA.

Es que hay otra cosa, y á fé que el señor Cura me dé la razon. Mi madre, Doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, ¡me tiene dicho tantas veces, afligida de la traviesa índole de mi hermano, me tiene repetido tantas veces llorando, que las locuras de su hijo habian de dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres...

EL CURA. (*Tomando el chocolate que trae la criada.*)

Ciertamente son avisos de Dios. (*Ap.* Agasajo de chocolate como éste, bien se podia perdonar.)

EL MÉDICO. (*Despachando su jicara.*)

Pero esas risas pueden prevenir de que el señor hermano tenga algun motivo oculto para estar contento: acaso sus negocios prosperan.

MAGDALENA.

¿Qué han de prosperar, señor Doctor de mi alma, si jamás se ha visto peor! En otro tiempo escribia comedias, que le daban algo de sí, porque los comediantes y el auditorio las recibian bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia y que ni áun sirve para componer coplas de ciego.

(*Se continuará.*)

E. HARTZENBUSCH.

ACTUALIDADES.

La aplaudida funámbula Miss Zæo ha vuelto á trabajar en el espacioso teatro de Novedades; el *arroje* desde la claraboya del teatro, el ejercicio en la catapulta y los admirables trabajos en el alambre de platino hacen que Miss Zæo alcance justos y entusiastas aplausos del numeroso público que concurre á dicho teatro.

La *ninfa aérea*, la familia Roberston y los graciosísimos clowns Harveys divierten extraordinariamente al público.

La distinguida compañía que actúa en el concurrido Liceo Capellanes alcanza todas las noches merecidos aplausos.

Ultimamente se han representado las zarzuelas *Torear por lo fino* y *La palomita*, cuya música, debida al inspirado maestro Sr. Hernandez, fué muy aplaudida, teniéndose que repetir algunos de sus números.

Siguiendo la tradicional costumbre de los años anteriores, el drama *Don Juan Tenorio* ha vuelto á llamar gente á todos los teatros con motivo de la Conmemoracion de los Difuntos. En el Español ha lo-

grado interpretacion perfecta por parte de Rafael y Ricardo Calvo y Donato Jimenez. La señorita Contreras hace tambien laudables esfuerzos por ponerse á la altura de su papel. En Novedades, Circo, Alhambra, Capellanes, Variedades, Martin y no recordamos si algun otro teatro más, tambien hemos tenido *Tenorios*. Y todos han tenido público.

**

El antepaleo es un discreto cuadro de costumbres, original del Sr. Utrilla, que se ha estrenado con muy buen éxito en el teatro Lara. En el mismo ha renacido *La funcion de mi pueblo*, de Vega, que lleva gran número de espectadores al mismo. La ejecucion de ambas, inmejorable.

**

En el teatro de la Comedia ha logrado grandes aplausos el jóven y distinguido actor Julian Romea en la comedia *La vocacion*, cuyo protagonista borda con delicadísimos detalles.

*

Acompaña á este número el pliego 7 de la *Galeria biográfica de artistas españoles*, original de D. Manuel Ossorio y Bernard.



De su hermana mayor la ropa toda
Se pone sin empacho;
Así juzga Luisita ir á la moda...
Y va hecha un mamarracho.